

Año V. Barcelona 27 de Febrero de 1891 Núm. 7.



PERIÓDICO LITERARIO,  
ILUSTRADO.

ADMINISTRACION:  
Plaza de la Universidad, 5

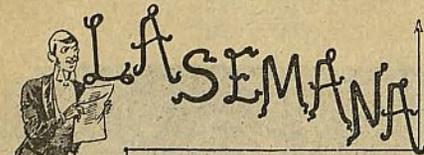
NUESTRAS ACTRICES, POR ROSS.



ROSARIO DEL PINO

(en la obra *El Arca de Noé*)

Ayuntamiento de Madrid



El cobro de las contribuciones es sumamente pintoresco y accidentado en España.

No digo yo que se presente tan dificultoso como en Marruecos, donde la recaudación de tributos tiene caracteres de una verdadera guerra civil; pero los pacíficos contribuyentes españoles pierden su paciencia en cuanto llega el duro trance de aflojar la mosca, y los comisionados de Hacienda tienen que cumplir su cometido ayudados muy de cerca por la guardia civil.

La prensa ha dado cuenta de los desórdenes financieros ocurridos en la provincia de Castellón; y háganse ustedes cuenta, para el caso, que toda la península es Castellón de la Plana.

En la ciudad como en la aldea, en la capital de provincia como en la cabeza de partido, siéntese el mismo santo horror hacia la contribución territorial y la industrial, y está visto que el cuerpo contribuyente ni entiende ya de contribuciones directas ni entiende de indirectas tampoco.

La ley de presupuestos va tomando el mismo cariz que la ley marcial.

Piensen ustedes en las luchas y combates que preceden al cobro de cualquier trimestre de contribución; piensen luego en la aritmética y en el álgebra superior que son necesarias para confeccionar un buen presupuesto para el ejército, más caro y dispendioso cada día, y tendrán que confesar conmigo que en el ministerio de Hacienda hacen falta muchos fusiles y en el de la Guerra muchas matemáticas; que el primero es un ministerio de lucha y el segundo un ministerio rentístico y, por fin, que si hemos de salvar al Erario hemos de poner al frente del departamento de Hacienda á un bravo general, y en el departamento de la Guerra á un hacendista de primer orden.

Y perdonen ustedes que me haya metido á arbitrista, aunque por poco rato.

De todos modos, creo más realizable y conveniente mi plan que el del famélico arbitrista cervantino, aquel que proponía un día al año de ayuno general en todos los territorios de la monarquía, para que el coste de esa suprimida alimentación ingresase todo entero en las arcas del tesoro público.

Semejante recurso nos convertiría de la noche á la mañana, ó más bien de la mañana á la noche, en una nación débil, triste espectáculo que no debemos dar á los ojos de la Europa bien mantenida.

Tanto se ha hablado y escrito en favor del pobre contribuyente, siempre esquilmo y explotado únicamente á todas horas, que ya es tiempo de salir á la defensa del infeliz Estado que, siguiendo la moda del siglo, vive del

préstamo, como cualquier padre de familia con muchas necesidades á que atender y pocos recursos con que contar.

Anúnciase un empréstito y la suscripción se cubre enseguida; salen los recaudadores y no cobran un ochavo ni aun por la vía (crucis) de apremio; es decir, todo el mundo está dispuesto á atender á las cargas del Estado prestándole cuanto necesite, pero nada de contribuir á esas cargas por la bonita cara del Estado.

Un pedrisco, una tormenta, á veces una nube de verano, bastan á las comarcas rurales para pedir á toda prisa que el Gobierno les condone la contribución, los impuestos y todo lo susceptible de ser condonado.

—Y á usted ¿quién le fia?—le decían al fiador del cuento.

—Y á mí ¿quién me condona?—podría decir el Estado á los que piden á toda prisa el perdón de los tributos.

Claro es que ante la miseria del agricultor, las lágrimas del pueblo y la pobreza de las clases contribuyentes, el Estado acaba por enternecerse y gritar generosamente con música y casi letra de *Ernani*:

—¡Condone á tutti!

Pero quizá algún día, después de ese rasgo noble y meritorio, pida generosidad igual á sus prestamistas, ó sea á los tenedores de fondos públicos, diciéndoles, gritando menos pero con la misma imperativa seguridad:

—Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos á nuestros deudores.

¡Qué escenas tan variadas y qué episodios tan curiosos leeríamos si se publicasen algún día las «Memorias íntimas de un recaudador de contribuciones»!

—Vengo—decía uno de éstos—á cobrar el primer trimestre.

—¿Cómo el primero? Ya son varios los que he satisfecho.

—Quiero decir el primero del actual año económico.

—Pues no estoy de humor; ya se volverá usted otro ratito.

—Entonces tendrá V. que abonar el recargo.

—¡No lo verán tus ojos!

—Apelaré á la vía de apremio.

—Mal hecho; saldrá V. mejor librado si apela á la vía del ferrocarril.

Hay mucha gente que se pone mala de veras en cuanto hablan de soltar un cuarto.

—¿Qué le duele á V.? ¿la cabeza?

—No, señor; el encabezamiento de consumos.

—¡Carape! Mala cefalalgia es esa.

—Le digo á V. que estoy dispuesto á no pagar un céntimo de contribución hasta que suba D. Francisco Camacho.

—¿Si, eh?

—Si, señor; porque estando en Hacienda el tío Paco, es posible que venga con la rebaja.

El mal estado de nuestra Hacienda y la peor situación de nuestras posesiones de Africa son la preocupación de muchos ilustres espadistas ó estadistas nacionales.

Pero aún preocupan más los morosos de aquí que los morazos de allá.

Como la venganza es el placer de los dioses,

el placer de los contribuyentes es incurrir en mora.

Porque eso no mancha á la conciencia, á la dignidad ni al honor, y si mancha no es cosa de cuidado.

La mancha de la mora con otra verde se quita.

—¿Está en casa el señor?—preguntaba un comisionado.

—Sí—respondía la doméstica aleccionada;—pero no recibe.

—Es igual; yo no venía á que recibiera nada, sino á todo lo contrario.

Que el cobro, cuando se hace, se hace mal y en la peor moneda posible, no hay para que decirlo.

—Pásmese V.—decía un recaudador:—me llevo de aquí dos mil pesetas en calderilla.

—Mejor que mejor A V. ¿qué le ha dicho el Delegado de Hacienda?

—¿A mí? Que cobre.

—Pues ¿para qué más cobre que ocho mil reales en perros chicos?

LUIS ROYO VILLANOVA.

## ¡EL ADULTERIO!...

No puede un drama pasar por serio si no se ocupa del adulterio, y el dramaturgo tiene al crearle forzosamente que *adulterarle*.

De inverosímiles son hoy tachadas obras decentes, mas sin casadas de corazones envilecidos que se la pegan á sus maridos.

Es el que burla siempre un cobarde; siempre el burlado se entera tarde, y siempre éste habla del mismo modo: «porque si el fango... porque si el lodo...»

Siempre se pone como una fiera y mata *al otro* de la primera; pues los maridos llenos de enojo para estas cosas tienen buen ojo.

Los que en los dramas espeluznantes andan á tiros con los amantes, ¿por qué así *tiran*? No lo adivino... ¿Es porque es ese del buey el sino?

¿Por qué el esposo, para vengarse del que le ofende, procura armarse? De armas el uso juzgo simpleza; ¿debiera herirle con la cabeza!

¿Por qué, lectores, el deshonrado siempre en los dramas mata al cuitado?

¿Por qué no apelan á rigurosos *turnos pacíficos* ciertos esposos?

¿Cómo se evitan las disensiones? Con *turnos partes* y *turnos nones*; siquiera,—contra lo que es debido,—los *nones* fueran para el marido.

Si uno se prenda de una señora, diga al esposo cuanto la adora, y si él no quiere darla á ninguno, ¿que cada día le toque á uno!

De esta manera no será cosa tan cara hoy día tener esposa, pues aun cuando ella tire la plata, ¡pagada á escote sale barata!

¿Que ellas acaso no se avinieran á tratos tales y se ofendieran? ¿Donde se ha visto mujer que diga que del *escote* no es muy amiga!

Quieren mas hombres. ¿Qué? ¿No notamos cuánto á las damas gustan los *damos*? Y en ellas fijate, lector, si quieres: ¡son todo *hombreras* hoy las mujeres!

Señoras antes *sin par* había y ese dictado favorecía; y estamos viendo que una señora *sin par*, se muere de rabia ahora.

Si á ellas les gusta la poligamia ¿por qué tenerla por una infamia? Dejarlas todos libres debieran ¡y anda y que tiren por donde quieran!

Del amor libre soy partidario, porque yo creo que es necesario. ¿Que así se aumentan las liviandades y se corrompen las sociedades?

¿Y eso qué importa, si en cambio de eso nos evitamos un grave peso? El del marido (generalmente todo él recae sobre la frente).

Además, como de esa manera, sin que por ello culpable fuera, una casada muy bien podría á su marido faltar un día, sin que ello entonces se censurara, quizá el teatro no nos cansara, pues los autores de buen criterio prescindirían del adulterio!...

FERNANDO SEGURA.

PADRES, POR MECACHIS.



EL PADRE ETERNO



UN PADRE DE LA PATRIA



UN PADRE... ESPIRITUAL

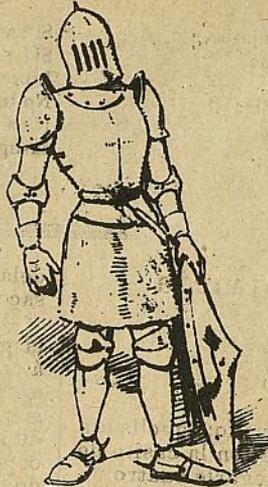


UN PADRE DE VERAS

DEGENERACIÓN, POR CILLA.



Esto casi es un guerrero



¡Esto es un guerrero!



Todavía... todavía...



Pero va decayendo la clase;



decayendo... y...



¡Esto es un guerrero!

EL PODER DE LOS SENTIDOS

I

Aquí la esperaré... ¡Falsa! ¡Impostora!  
 ¡Jurarme sin cesar que me quería,  
 y es á otro hombre al que adora!...  
 ¡Teme, infeliz, á la venganza mía!  
 ¡Teme, infeliz, porque llegó tu hora!  
 Los ví pasar... Sus frases de ternura  
 se clavaron cual flechas en mi pecho  
 y ahora estoy abrasado de despecho  
 y percibo el rum rum de la locura...  
 ¡Vendrá?... ¡No ha de venir!... Nunca ha faltado...  
 No le basta el arrullo de un amante,  
 pues para ella al pecado  
 toma siempre el color de lo insinuante;  
 y con ansias de loca,  
 no repara en excesos,  
 y viene á mí, cuando en su ardiente boca  
 aún palpita la fiebre de otros besos.  
 ¡Y el puñal?... ¡Aquí está!... ¡Tú lo has querido!...

¡Verás el fin de tu azarosa suerte!...  
 ¡Yo soy un hombre herido,  
 pero antes de morir, daré la muerte!...

II

Aquí viene... Avancemos con cautela...  
 ¡Qué hermosa!... Causa espanto  
 darle el golpe mortal que no recela...  
 Aunque me hizo traición... ¡La quiero tanto!...  
 ¡Ah! Siento que se apagan mis enojos  
 ante el brillo infinito de sus ojos...  
 Yo no sé que me pasa; mas ¡inferno  
 que olvido poco á poco sus agravios...  
 ¡Buscaré un corazón con este acero,  
 ó buscaré sus labios con mis labios?...  
 ¡Dónde están los propósitos que traje?...  
 Debo pensar en el sangriento ultraje...  
 en su fatal falsía...  
 ¡Morirá! ¡Morirá! Ya me decías...  
 ¡Pero antes de morir... que sea mía!  
 ¡Que una cl grito de amor con el gemido!...

Ya no siento el calor de aquella injuria...  
Ya vuelve al fondo de mi sér la calma,  
y todo el arrebató de la furia  
es ahora un hielo que entumece el alma...  
Al idear lo que ideé fui un necio...  
No punza en mi cerebro el desvarío...

Si antes la pude odiar... ya la desprecio...  
Si he sentido dolor... ya siento hastío...  
Libre se encuentra de mi afán terrible...  
No temas, infeliz... Vas perdonada...  
¡Cuando está la materia quebrantada  
castigar la traición... es imposible!

LUIS DE ANSORENA.

## El cuclillo y el guarda



### CASI APÓLOGO

El nido estaba solo, abandonado; aquella era la ocasión propicia para poner en la casita de pajas del árbol sus huevos, pegarle cuatro picotazos á los del jilguero y echarlos rodando por las ramas abajo de un puntapata. Así, cuando la hembra viniera á empollar, muy agena del cambio, prestaría el suave calor de su cuerpo, creyéndolos sus hijos, á los cascarones dejados allí por ella, con el sano intento de que otra madre se los criara...

Y el cuclillo, que con su astucia de hembra, volaba y revolaba alrededor de la frondosa copa, atisbando por las junturas del ramaje si había algún peligro en meterse en lo hondo de las hojas, que allá entre su trabazón de selva mostraban el desierto nido, se decidió al fin, y colándose por bajo de uno de los brazos del árbol, se zampó en la alcoba de los jilgueros, se acomodó á sus anchas y á este quiero á este no quiero, en un periquete abrió en canal los tres huevecillos que la respetable familia volátil tenía en su casa y los lanzó bonitamente al suelo, sin ocasionar en tal refríeganingún desperdicio en la pajaril morada.

Abajo, al pié del tronco, el guarda de aquel coto, sentado sobre un pedrusco, teniendo al lado la escopeta recostada en una rama baja, con su banderola de cuero con chapa dorada cruzada sobre el pecho, descansaba de su visita liando un cigarro. Primero sacó un petacón enorme, mugriento, el que destapó, arrancando un papelillo del librito de fumar y mateniendo entre los labios la débil hoja; luego sujetando la tapa con los dedos de la mano izquierda, volcó en la palma un montoncito de picadura que envolvió en la hoja de papel, y dándola vueltas cuatro ó seis veces, endilgó un cachiporrudo pitillo, que encendió con un fósforo de cartón comenzando á echar humo con delicia por boca y narices.

En estas, siguiendo la hilada del humo, acertó á ver caer de la altura dos ó tres bolitas blancas, las que, con sus ojos acostumbrados al campo, enseguida comprendió que eran huevecillos.

—¡Milagro será que el cuclillo no esté haciendo de las suyas! exclamó el buen guarda; y levantándose, trepó sobre una rama y agarrándose á dos robustas que formaban una horquilla, las apartó descubriendo el nido y muy aposentado en sus pajas al truhan del cuclillo hembra que había entrado en él llevando por

delante el exterminio, como los soldados en el saco de Roma.

—¡Ah ladrón, mal bicho!... ¡Te he cogido en el garlito!... exclamó el guarda disponiéndose á atrapar al pájaro; pero más listo el cuclillo, antes de que la mano del campesino llegara á sus plumas, escapó abandonando sus huevos y de una volada se plantó en la cúspide de la copa, deteniéndose allí en una rama y mirando descaramente al guarda que soltó el brazo del árbol y se dejó caer en tierra. El cuclillo entonces, con el atrevimiento de los cobardes cuando se encuentran seguros, abrió su pico y chilló con un píar muy agudo y penetrante:

—¡Esta si que es buena!... ¿Por qué me llamas á mí mal bicho y ladrón...? Pues si nosotros los cuclillos destruimos los huevos de los otros pájaros para poner en su lugar los nuestros y que nos los críen otras madres, vosotros los hombres teneis también un nido que se llama la inclusa, donde llevais los hijos que no queremos reconocer... Y luego nosotros alimentamos á nuestras crías cuando rompen el cascarón, ayudando á la pájara á la que dejamos sin pequeños, pero vosotros no os volveis á acordar del santo de su nombre...

El cuclillo no siguió en su charla femenina; no sé yo si el guarda entendería al pájaro, pero ello es que agarró la escopeta con aire de mal humor y entonces el animal tendió el vuelo á escape, píando al tender las alas, como resumiendo sus trinos:—Amiguito... ¡parece que amargan las verdades!

Y cuando el guarda quiso echarse la escopeta á la cara, ya no se veía en el espacio ni un cuclillo para un remedio.

ALFONSO PEREZ NIEVA.

EN EL PALCO, POR MARS



—Es que una mujer decente no puede acceder á esas cosas, Conde.

—Pues no puede Vd. figurarse, lo que siento que sea usted una mujer decente.

## LA OLA Y EL ESCOLLO.

—Ecollo que noche y día  
en mi cristal te reflejas,  
sin ablandarte á mis quejas  
ni rendirte á mi porfia;  
yo domaré tu osadía,  
pues de ella juguete fui  
cuando al unirnos aquí  
nos hizo contraria suerte,  
á tí, simbolo de muerte,  
y emblema de vida á mí.

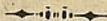
—Ola, te esfuerzas en vano;  
por más que loca presumas,  
son para mí tus espumas  
nubes de polvo liviano.  
De Dios la robusta mano  
firme cimiento me dió,  
y al verme cual me soñó,  
dijo al abismo rugiente:  
«¡Podrás llegar á su frente,  
pero á sus entrañas, no!»

Olas del mundano mar,  
que de cerca logré ver,  
mudas al retroceder,  
furiosas al avanzar,  
para qué tanto luchar,  
y tanta y tanta inquietud,  
si escollo es el ataud  
donde la vida se estrella,  
y en que naufragan con ella  
poder, ingenio y virtud?

M. DEL PALACIO.



TEATRO NOVEDADES — MAGDALENA,  
*drama sacro, de D. Antonio Ferrer y Codina.*



A pesar del renacimiento que en Alemania y Francia han experimentado los dramas sacros, cosa difícil me parece que el público tome con gran interés esta clase de obras. Allá en la Edad Media, gozaban de gran popularidad, gracias á la fe que el autor, los actores y el público solían tener en el asunto; pero hoy esto fuera pedir peras al olmo. La grandeza del asunto, que en la narración bíblica está chorreando poesía, suele servir hoy de motivo al pintor y al atrevido para lucir sus conocimientos de indumentaria y al empresario para dar al público una obra de gran espectáculo. Y esto ha sucedido en la ocasión presente.

Es en vano buscar en *Magdalena*, en la obra literaria, color histórico y caracteres vigorosos. La profética defensa que Pilatos hace del sufragio universal y aquella sesión del Sanhedrin, fina sátira del sistema parlamentario, con sus discursos progresistas, interrupciones, insultos, protestas y demás adminículos obligados en semejantes espectáculos, se nos antojan poco hebraicas. Hay allí tribuna pública... hasta tribuna de la prensa. Es decir, de la prensa no dicen allí que lo sea, pero por el aspecto de los que la ocupan, hombres sesu-

dos y de luengas barbas, nos lo pareció. Nosotros esperábamos que algún asistente obstruccionista protestaria de la sesión por no estar reunidos los setenta miembros del tribunal que en el Sanhedrin eran precisos para tomar acuerdos, pero se conoce que los Tort y Martirell de aquella época no hilaban tan delgado como ahora. Más vale así. Lo que no vale tanto es el prurito progresista de algunos personajes. Es claro: como se trata de una idea nueva en frente de una tradición veneranda y de un hombre nuevo que trata de derribar la religión establecida ¿quién resiste al deseo de maltratar á los pícaros judíos y á echárselas de libre pensador?

En cambio, es digno de alabanza el final del primer acto, hermoso cuadro de gran fuerza plástica y efecto dramático, aunque recuerde un poco los versos de *Maria de Magdala*, de Guimerá:

¡Per Jesús! — vaig cridar, vuydantia en terra;  
¡Per Jesús mon amor! y en tant fugia.

Merece también elogios el sugestivo final del acto cuarto, que el público no aplaudió como se merecía. En cambio, nos pareció un error, nacido — es claro — de la falta de comprensión del carácter, el no hacer hablar á Jesús más que para pronunciar palabras de venganza y rencor.

De la música, aparte del visible plagio del unísono de *La Africana*, no pudimos hacernos cargo por una sola audición.

Lo que si ha de alabarse sin reserva es la *mise* de la obra. Los trajes son de muy buen gusto, de bellísima entonación en su conjunto y, exceptuando los corsés y tacones Luis XV de algunas actrices, de absoluta conformidad con la época. Las decoraciones son de lo mejor que hemos aplaudido en nuestros teatros: la *Calle de la Amargura* de Vilumara es de un efecto sorprendente.

De los intérpretes merecen especial mención, las Sras. Mena en su papel de protagonista y Parreño en el suyo de esposa adúltera y el Sr. Bonaplata en el de Judas.

JOSÉ VACA DE GUZMÁN.

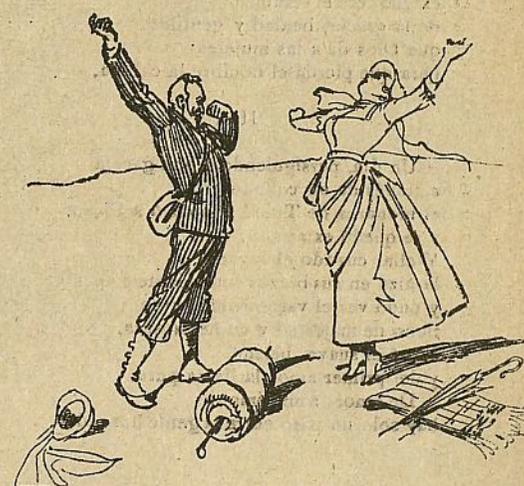
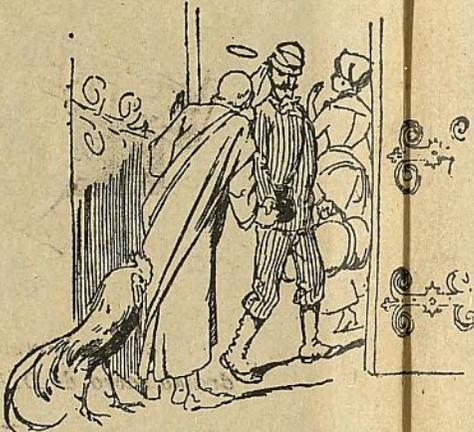
DEL CIELO A LA TIERRA. - CUENTO VIVO, POR APELES MESTRES



2 Vayan ustedes á saber por que nosotros le habíamos entrado por el ojo derecho al buen San Pedro, y á fuerza de eternidades de jugar al tresillo en la portería, se estableció entre nosotros una verdadera intimidad.

3 Y despues de otras eternidades de traer y llevar esta idea, finalmente se la soltamos: «Si nos permitiera Vd. que bajáramos á dar una ojeadita á la tierra ....»

4 Despues de un millón de negativas, el buen Santo se dejó enternecer y accedió á nuestros ruegos.



1 Hacia algunos millares de siglos que había tenido lugar la consumación de los mismos. Agotados ya todos los pasatiempos honestos, los bienaventurados empezábamos á aburrirnos que era una bendición.

5. —«Vaya, que llevéis un feliz viaje, pero que volváis pronto y que nadie se entere de ello.»

6 Y acomodándonos en el rayo de luz que se deslizó al abrirse la puerta diamantina, llegamos á la tierra en el más rápido de los rápidos.

7 ¡Bendito seas, duro suelo que nos viste nacer, y benditos los ojos que vuelven á verte!



8 Pero . ¡Ave María Purísima! ¡Qué calor hace aquí! (pero qué calor tan extraordinario! Esto ha empeorado un ciento por ciento desde que abandonamos este valle de lágrimas.

9 ¡Ya vá pasando de castaño obscuro! ¡No hay bienaventurado que resista tamaña chamusquina!

10 Pero veamos, veamos....  
—¿Qué debe ser de Barcelona?  
—¡Y de París!

11 Vayamos á dar una vueltecita por a hí, aunque, á la verdad, tiene todo ello muy mala traza.  
—¿No te parece que están los caminos, menos transitables aún que en nuestros tiempos?

(Se continuará.)

## CONTRASTES

## I.

Era el valiente emperador de Tracia  
un colosa! gigante  
pero lleno de gracia,  
de noble aspecto y de gentil talante.  
Era, por su desgracia ó su fortuna,  
tan alto, que una noche,  
por culpa del cochero, yendo en coche,  
tropezo con la luna.

En cambio ¡qué contraste! la pastora  
Iduela era una enana,  
de tan poco volúmen, que dormía  
dentro de la corteza de un banano  
y le sobraba espacio todavía.  
Pero Iduela, no obstante su volúmen  
exiguo, era el resumen  
de la gracia, beldad y gentileza  
que Dios dá á las mujeres  
para que pierda el hombre la cabeza.

## II

Un día, persiguiendo á una gacela  
á través de un collado,  
el monarca de Tracia encontró á Iduela  
y se quedó extasiado.  
Y ella, cuando el gigante  
la alzó en sus brazos con amante empeño  
y pudo ver el varonil semblante  
lleno de majestad y de hermosura,  
sintió el suave beleño  
y del primer amor la llama pura.

De amor ámatrimonio!  
hay solo un paso entre la gente honrada.

Mas, ¡pese á la fortuna,  
en la que influye á veces el demonio!  
¿cómo han de unirse en cópula de amores  
dama que duerme dentro de las flores  
y galán que tropieza con la luna?

## III

En tal conflicto, fueron  
á ver á Buenavoluntad, un hada  
peregrina en sapiencia,  
y el caso la expusieron  
de la mútua pasión con la elocuencia.

El hada sometiólos á un conjuro.  
Conforme iba menguando  
del celoso monarca la estatura,  
se iba Iduela agrandando  
hasta el nivel de su imperial amante,  
tanto (quizá fué exceso),  
que al hallarse semblante con semblante,  
su alegría expresaron con un beso.

## IV

Se efectuó la boda.  
Del banano la gruta de corteza  
trocó Iduela por lecho de alabastro;  
y pudo recorrer el buen monarca  
de noche la comarca,  
erguida la cabeza,  
sin miedo á tropezar con ningún astro.

Así, pese á las suegras y demonios,  
corrigiendo contrastes y deslices,  
con Buenavoluntad, los matrimonios  
pueden ser muy felices.

F. MORENO GODINO

## MINIATURA

Cuentecillo dedicado al poeta  
Fernando Segura.

## I.

—¡Vala! exclamó la chiquirritina, inclinando  
á un lado su cabecita y con ella espesas ma-  
dejas de un cabello como el oro.

—¡Vala co é nene! repetía, probando que,  
así como de un capullejo de rosa escapa un  
delicioso aroma, puede brotar una nota.

—Ríñe al niño, hija mía, ríñele, á ese píca-  
ro. ¡Vaya! ¡Pues no faltaba más sino que aho-  
ra fuésemos á dar al chico la naranja de la  
nena!, replicaba una voz de mujer, voz llena  
de amor, voz afinada por deliciosos acentos de  
fingido enojo, tau graciosa como grata al alma  
y al oído.

La verdad era que el dhiquito ni por aso-  
mo se había preocupado e si tenía ó no tenía  
la niña una naranja en lamano.

S. A. la infanta Isabel había reunido á los  
niños de los ricos en la Granja para regalar-  
les juguetes; por eso se hallaba allí en los jar-

dines la niña; y así mismo S. A. convidaba  
aquel día á comer á los niños pobres y á los  
campesinos; por esto, y por ver «correr» las  
fuentes, se hallaba allí el muchacho.

—No venga aquí niño, ¡pues hombre! repetía  
la voz de la apuntadora.

—¡Puee home! dijo la niña, poniendo un tan  
lindo entrecejo, sacando un hociquillo tan co-  
loradito y fresco y empleando una tan indes-  
criptible expresión, que bien por ella se dejó  
comprender cuán grande realce ganan las pa-  
labras en boca de las actrices inspiradas, por  
diminutas que éstas sean.

Ella, la niña, estaba sentada en su cochecito  
como una reina en su trono. Hallábase bajo  
las pomposas hojas de un castaño de Indias,  
de los que por la primavera se engalanan  
con ramitos de blancas fiorecillas llenas de  
perfume; el cochecillo estaba junto á los lujos  
de rosas, clavellinas y la apretada frondosi-  
dad de la platabanda del paseo.

La niña tenía puesto un vestido blanco; ves-  
tido de blondas y encajes vistosos.

El, el muchacho, de siete años de edad, cua-  
tro más que la señorita, sería hijo de algún  
leñador, aserrador ó guarda jurado del Pinar

de Valsain; ella era de Madrid... hija de señores. El era gordifloncete, de piel á la cual el aire y el sol habían dado un tono moreno colorado como el del barro cocido de tierra de Segovia; ella, la niña, una muñequita preciosa de un rostro fino, blanco, suavemente iluminado por delicado carmín, y así lucientes por fulgurante esplendor los ojos grandes de largas pestañas; y eran tan lindas y bonitas las facciones, que luego aparecían llenas de encanto al menor soplo de la brisa ó la más leve mudanza de la gracia.

En el niño el rostro era oscuro, y los cabellos de un rubio amarillo, como las mieses agostadas, y en la monigotilla, los cabellos, siendo de un oro brillante, resaltaban en contraste con el blanco niveo de aquella cara ovalada y diminuta, como las rositas pitimini que aparecían como esparcidas y prendidas á un cercano muro de macizos arbustos con fondo de espirales enredaderas.

El chico estaba vestido con calzones pardos, gruesos borceguíes, un chalequillo de pana morado con botones de vidrio; majeza esta, para él, de tanto gusto, que no cesaba de mirarse las dos hileras de aquellas joyuelas que hubieran deslumbrado á un indio guaraní. Llevaba en la cabeza un sombrero negro de fieltro y en torno cenefa y escarapela negras también; cinta por barboquejo, y alas redondas bajo las cuales se le veían al muchacho mechoncillos de pelo áspero como barbas de espiga.

Iba en mangas de camisa; una camisa burda, lavada tal vez en los puros cristales del Valsain ó del Cambrones y blanca como la nieve de «Siete Picos» ó de «La mujer muerta.»

Dominguero, en traje de cuando repican gordo; de fiesta y con su vareja de fresno en la mano, muy grave y estiradote, allí se había parado el perillán esperando á madre, que al extremo del paseo, hablaba, muy metida en manoteo y palique, con otra matrona de aparejo redondo; esto es, de las de refajos colorados.

La niña seguía mirando muy complacidamente la naranja que tenía entre sus manos, y dirigiendo de vez en cuando recelosas miradas al muchacho.

De pronto ocurrió un suceso inesperado.

La señora, que se hallaba sentada en un banco junto á la niña, se levantó lanzando un agudo grito de sorpresa y de alegría; y tras de la señora, se levantó una criada que le acompañaba, con mucho de papalina, delantal blanco y agujones dorados en el moño.

—¡Un pájaro! Un pajarito... ¡Por allí, por allí le he visto!; ha volado desde aquellas ramas hasta allá... Miradle allí, allí... gritaba la señora como apasionándose por algo en su grado extraordinario.

—Bien le veo, señorita... ¡Será pequeñito y apenas sabrá volar! ¡Ay, quien podría cogéle!...

—¡Un pájaro! ¡un pájaro!

Ni la señora ni la camarera ó niñera sabían que hacer, si irse ó quedarse junto á la niña.

El pájaro estaba allí, podía vérsese acurrucado y luego aleteando por entre la malla de

ramillas, y la espura de las hojas, como en un enredijo de obstáculos.

## II.

—¡Contra! se dijo á media voz el montañésito, perdiendo repentinamente su gravedad dominguera y su empaque de concejalillo en ceremonia.

Por una viva mirada atisbó al pájaro y añadió:—Es que se ha *ligao*, no le han *cogio*.. y á la cuenta no puede volar.

Luego... luego con singular presteza, el chico miró á una y otra parte, por si por alguna podían hallarse los guardas, y despues, agazapóse á riesgo de destrozar el pantalón, desgarrar la camisa ó perder los preciosos botoncillos del chaleco.

—¡Chico! ¡chico! gritó la señora, coge ese pájaro y yo te lo compro.

La niña seguía lloriqueando y repitiendo con afanoso deseo:

—*É pipi; quero el pacarito.*

Para ella sería; para ella, no era cosa de darle. Y se puso á la caza el chicuelo, antes sospechoso acechador de la naranja.

Al cabo de un momento, se oyó ruido en el ramaje, y muy cerca del cochecillo de la niña apareció el chicuelo.

—¿Le has cogido? preguntó la señora.

—Se metió por el canalizo de la regadera. ¡Concho, me he *pinchao* la mano al cogerlo...! pero *aluego* el *condenao* se ha *escurrido* como una anguila

—¡Yo *quero pipi, quero pipi... quero pipi!* gritaba la muñeca, ya desgraciada, llorosa, tiránica...

—No llores, rica, replicó el chicuelo dándose airecillos de hombre.

Mas ya, ya el muchacho, sin respirar, aunque con la boca abierta, andando de puntillas, metió el brazo por un claro del enramado y... ¡zás! ¡sombrero encima!

¡Buen dije de cubilete es un pájaro, para quedar así como así en poder de un prestimano cualquiera!.. Saltito á saltito atravesó el paseo, y á vuelo-cojero se agarró á una de las ramas verticales del boj y de allí á otra más alta y de allí á otra y así hasta la redonda copa del tejo.

—¡Mecachis! exclamó el chico dando una patada en la arena y marcando en ella los gordos clavos de su pesado borceguí... ¡Se me escurrió de otra volanda!

Oyó en esto las voces de la señora que le decía desde el otro lado del paseo:

—¿Le has cogido ya? ¿Le has cogido?

—¡Contra! murmuró el chico.

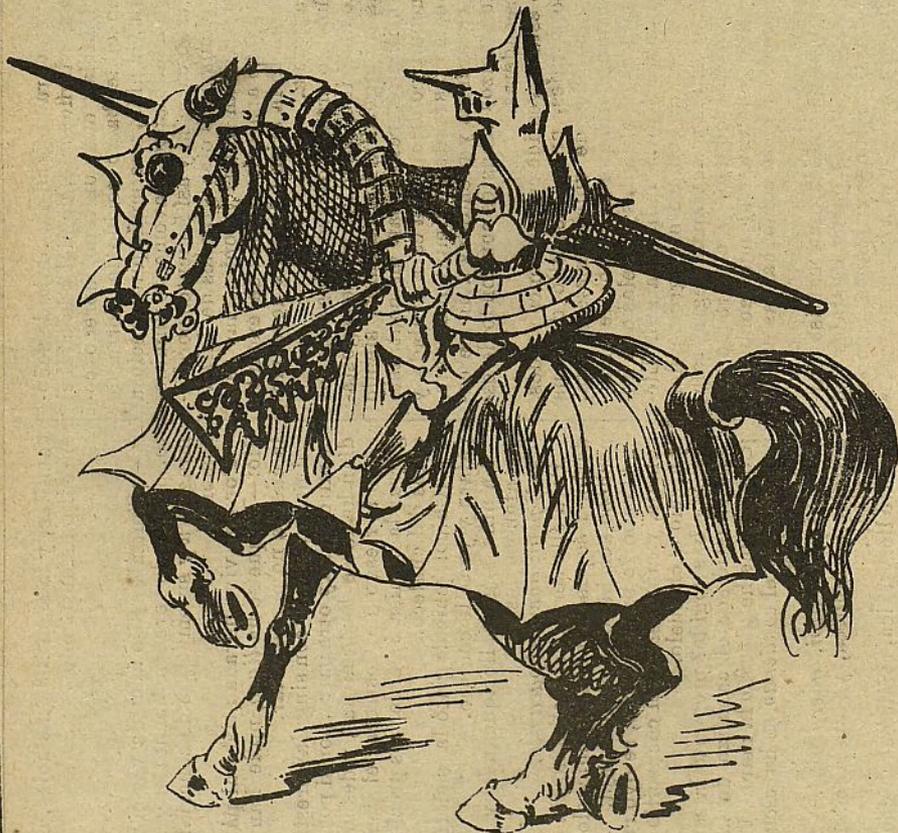
—¡*Quero pacarito!*.. gritó la niña.

—¡Contra! ¿Pues no le tengo de cojer? se dijo el muchacho encorajinado con el chasco.

¡Animo! Allá fué un canto á la copa del arbolillo. El pájaro, con un vulecito á media ala, entre salto y vuelo, se tiró del tejo á un enmarañado arbusto; y allí nueva rebusca, nueva huida y brinquitos y vulecillos; y el uno medroso por el aturdimiento que acomete á todo fugitivo, el otro afanoso por la tenacidad que caracteriza á todo conquistador, se fueron alejando, alejando del punto de partida, sin

CABALGADURAS, POR MELITÓN GONZALEZ.

COMO SE PENSABA AYER.



Cubrió al buen Coade de gloria  
siempre que al campo le trujo,  
¡Gloria al corcel que condujo  
á su dueño á la victoria!

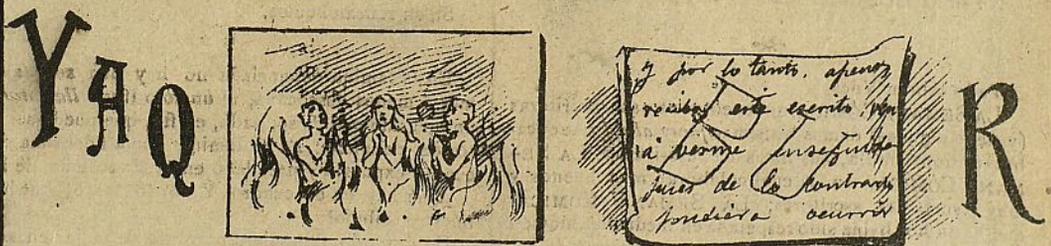
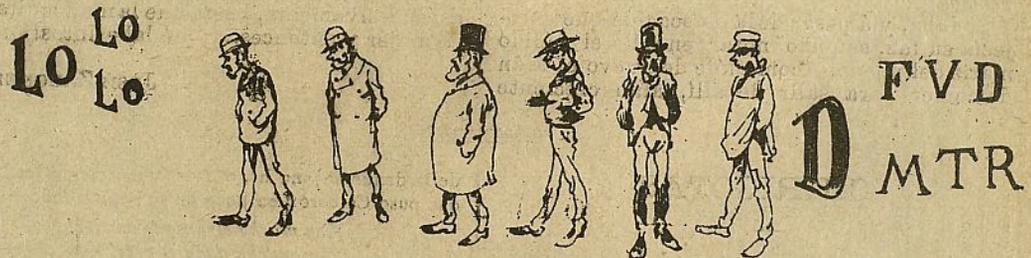
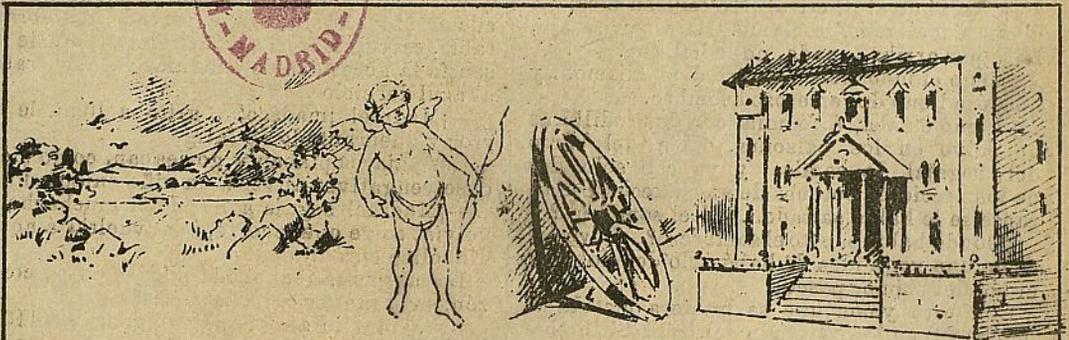
COMO SE PIENSA HOY.



Surco arriba, surco abajo,  
ara con planta segura...  
¡Gloria á la cabalgadura  
que representa el trabajo!



JEROGLÍFICO, POR CILLA.



(La solución en el número próximo.)

saber la avecilla como y por donde escapaba, ni el niño fijarse por qué lugares iba correteando.

De pronto el muchacho perdió de vista el pájaro.

—¡No ví otra! ¡Contra! ¡Me caso en diez! ¿A donde se ha metio? exclamó. Mira por abajo, mira por arriba... nada, no le hallaba.

Luego el muchacho se miró á sí mismo... y quedóse lleno de temeroso asombro.

¡Bueno estaba, á fé mía, con dos rodilleras de polvo en los calzones, sucia del barro del regajal la camisa, y ya con solo dos de los preciosos botones de su chaleco! Un tirante se le había saltado... ¿Y el sombrero?

¿Dónde había puesto el sombrero?... Tuvo así como una vaga idea de habérselo dejado sobre el boj del primer paseo.

Con esto y con que se hubiera metido el muchacho en lo reservado del Real Sitio ¡había hecho su viaje á fiesta cortesana!

Pero pronto se distrajo de estos temores; recordó haber visto volar al pajarillo al tronco y luego á la ramas de una hermosa haya, que pareja á otra estaba como columna á la entrada de los macizos que amurallaban un bosque. Halló la entrada de éste... pero no descubrió al pájaro.

Pasó esta calle, luego la otra; ahora una circular é interminable, después una ancha y corta, para dar en una apurada de angosta y en extremo larga y una glorieta y otra calle y otra... y andaba y andaba, no por buscar ya al pájaro, sino por dar con la salida.

¡Dios mío, qué espanto le asaltó repentinamente!

—¿Si me habré encerrao, se dijo, en el *liberintio*?

Sudaba, y á pesar de la sofocación que enrojecía su faz, se pudo notar en ella el pálido matiz del miedo. Acometióle de nuevo el afán de correr para salir de allí, afán creciente

hasta el vértigo de la carrera... por lo intrincado, por lo indescifrable de arbolillos, de macizos, que se sucedían, se enredaban como si las plantas fueran atajándole el camino en aquel jardín, en aquella apariencia de libertad, que era verdaderamente una prisión, ¡jardín encierro! lugar sin escape, cercado inquebrantable, cárcel de rosas y de ramos... donde se sentía la necesidad de unas alas para elevarse al azul del cielo...

—¡Madree! ¡madree!... gritaba lleno de terror y quebrantado de fatiga.

Los pájaros piaban y gorjeaban, como riéndose vengativos al ver á un niño enjaulado.

—¡Madree! seguía gritando el muchacho; y volvía, corre que te corre, á dar vueltas á aquel diabólico enredijo.

La angustia iba apoderándose de su corazón; su espanto era indescrutable.

¡Oh, si hubiera aparecido un guarda del Real patrimonio, aunque hubiese castigado con un tirón de orejas al muchacho!..

Al cabo el guarda apareció, y el chicuelo se vió fuera de aquel Creta y en manos de madre, que le hubo de recibir con sendos coscorrones...

Pero al fin el muchacho podía ver «correr las fuentes», asistir á la comida cortesana... y madurar una experiencia... sin pájaro, y sin sombrero.

En tanto el verderón á veces piaba de gusto, al verse libre allá en lo alto de la hermosa haya, y luego se ocupaba en despegar con el pico las aún apegotadas plumas de sus alas y de su cola.

¿Y la niña? ¿Y la chiquirritina? Todo lo había olvidado... por un nuevo deseo... ¡que tal vez diera lugar á otro drama como el referido, y así sucesivamente, hasta que la muñequita fuera mujer y entonces... ¡qué laberintos!

JOSÉ ZAHONERO.

## CHIRIGOTAS

Solución al geroglífico del número pasado:  
BAJO LAS HUESTES DE MOROS, GRAN DERROTA  
SUFRIÓ EL AMANTE DE LA CAVA.  
No se ha recibido ni una sola solución exacta.

✱

Ya lo sabrán Vdes.

LA SEMANA CÓMICA, que cuenta entre sus suscriptoras (y tiene algunas) damas altísimas ¡muy altas! que encabezan, honrándola, sus listas de suscripción; LA SEMANA CÓMICA, en la cual colaboran muy buenos y muy respetables escritores; LA SEMANA CÓMICA, que hasta hoy había sido respetada en medio del aluvión de denuncias que caía sobre la prensa semanal de esta ciudad; esta SEMANA CÓMICA... ha sido denunciada por ataques á la moral.

Motivo: la lámina al lapiz que publicamos en nuestro número pasado.

Desde el lunes (día en que se me comunicó la nueva

de la denuncia) no hago más que repetir los versos que puso Calderón en boca de su Segismundo:

¡Con mucho espanto lo admiro!

¡Con mucha duda lo creo!

¡Yo, LA SEMANA CÓMICA, denunciada por ataques á la moral!

Pero demos tregua á la admiración... y reflexionemos. Sí, sí: reflexionemos.

\*\*

En la lámina denunciada no hay una sola alusión más ó menos descocada, ni un solo título *llamativo*, ni un epigrafe malicioso; nada, en fin, que pueda ser objeto de denuncia. Es la lámina copia fidelísima de un cuadro expuesto y premiado en la Exposición de París. ¿Qué hay en el cuadro? Y por lo tanto, ¿qué hay en nuestro dibujo?

Un desnudo de mujer; pero no de mujer en actitud más ó menos picaresca ni provocativa, sino un desnudo artístico, mal ó bien ejecutado, mal ó bien tirado, pero artístico al fin, y nada más que artístico.

Y pregunto yo (con el debido respeto) al señor fiscal: ¿Es denunciable el desnudo artístico?

El señor fiscal, por lo que se vé (¡y ojalá no se hubiera visto!) cree que sí.

Yo creo que no

Esta diferencia de opiniones me ha fastidiado. Pero así y todo, yo respeto la del señor fiscal; conste.

Sólo que respetándola mucho... me permito seguir reflexionando.

\*\*\*

Nosotros no somos de los que se jactan de tenerlas tiesas á la autoridad. Sobre ser esto una simpleza, sobre ser una verdadera inmoralidad, no está en la índole tranquila y pacífica de LA SEMANA CÓMICA.

Conste, pues, que respetamos muchísimo á la autoridad y que, por consecuencia, respetamos sus decisiones, siempre. Hasta cuando, como en el caso presente nos parten por el eje.

Pero... ¡si vieran Vds. qué fuerte, qué tranquilo sesiente uno cuando está seguro de tener de su parte la razón y el derecho!

Si creyéramos haber faltado, lamentaríamos ante todo la falta cometida, y ó la callaríamos, por dignidad, por pudor, ó la confesaríamos noble y sinceramente, pagando, sin chistar, la multita consabida.

Pero no hemos faltado; no es que lo digamos *porque sí* y por seguir la costumbre; es que sinceramente creemos no haber dado motivo á la denuncia.

No, pues, por vano prurito de oposición á la autoridad—que ya he dicho que sería inmoral y tonto;—no por afán de escándalo, porque no es ni será nunca periódico de escándalo LA SEMANA CÓMICA, sino por íntimo

convencimiento de la razón que me asiste, estoy dispuesto á llevar mi defensa hasta donde sea preciso.

Y á publicar láminas como la denunciada tantas veces cuantas las crea convenientes.

\*\*\*

Pero, ó no hay lógica en el mundo, ó nuestra denuncia va á poner al señor fiscal en un grave aprieto.

La moral es una y la misma en todas partes; luego la acción que en mi es inmoral lo es también en mi vecino

y en el vecino de mi vecino y en el vecino del vecino de mi vecino.

Esto es más claro que el agua.... clara.

Ya hemos convenido en que en la lámina denunciada no hay ni un solo epígrafe malicioso, ni un solo título más ó menos atrevido... Nada, absolutamente nada más que el título del cuadro (*Las dos perlas*) y el nombre del autor, que es absurdo suponer que sean denuncia-

bles. Luego lo que allí se ha denunciado es el desnudo *en sí*.

Bueno:

Pues si el desnudo, *per se*, es causa de denuncia, haga el señor fiscal la justicia, que en nombre de la ley le pido, de suspender la clase de desnudo de la Escuela de Bellas Artes y de procesar á los alumnos; haga el favor de mandar papeleta de citación á los autores (algunos, que citaré si es preciso, bien ilustres y reputados) de tanto desnudo como diariamente se da al público en cuadros, esculturas é ilustraciones.

Hágalo el señor fiscal.

De lo contrario, yo reproduciré esos cuadros, esas esculturas y esos dibujos. Y, ó no me denunciarán—y se dará entonces el caso absurdo de que no sea denunciable de aquí á una semana lo que hoy es causa de denuncia,—ó á la vuelta de quince días van á estar procesados por ataques á la moral los mejores escultores, pintores y dibujantes de Barcelona.

\*\*\*

Repito (y con esto acabo y Vds. perdonen la jaqueca, pero yo no puedo tragarme esa nota de inmoral que el fiscal me ha arrojado al rostro) repito que esto no es inten-

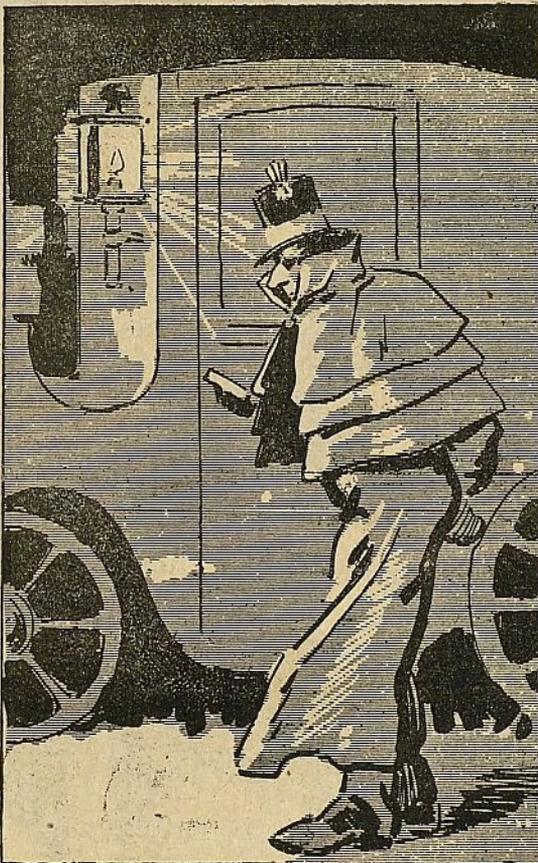
to de desafiar á la autoridad.

Es defensa de un derecho mío, que creo vulnereado y que defenderé hasta donde sea preciso.

Es que el callar ó ceder en semejante ocasión sería confesar que he faltado; y faltando en estas circunstancias me habría colocado á la altura de los periódicos y periódicos pornográficos de Barcelona.

Y esto lo tiene muy á menos LA SEMANA CÓMICA.

A LA PUERTA DEL LICEO, POR LUQUE.



El señor conde no acaba y está la noche tan fría... si cojiera á esa Lucia que *gofetá* se llevaba.

UN BUEN REGALO, POR RENAU.



Mercedes se llama;  
otorga mercedes  
¡y tiene unas cosas!...  
¿La quieren Vdes?